

CAPITULO XVIII.

El Interrogatorio de Caifás.

Después que Achazías hubo sentado, reinó en la sala un momento de misterioso estupor, de asombro indefinible.

Aquellos maestros del crimen y no de la ley; aquellos infames, congregados allí para sentenciar á muerte al Salvador de los hombres; aquellos miserables, tan fecundos en la escogitacion de horribles tramas para perder á los que ellos juraban un odio de esterminio, hallábanse tan embarazados, se encontraban en una situacion tan especial, tan inesperada, que por de pronto no supieron qué hacerse.

Todo lo esperaban de los falsos testigos; habian preparado estos testigos los seres mas infames de aquella asamblea de malvados, y á pesar de todo, la inocencia del acusado resultaba tan manifiesta, tan palpable, tan clara, que todas las tramas de los iníquos no sirvieran para otra cosa mas que para esclarecer la verdad, que para hacer brillar la luz de la inocencia, que para acusar á sus enemigos de la maldad que rebosaban sus almás llenas de miseria y podre.

Sus tramas habian sido contraproducentes, sus propósitos no sirvieran mas que para esclarecer la inocencia de Jesús; que para hacer imposible legalmente (tal como ellos entendian esta palabra), la sentencia del Cristo Dios, á quien juraran una venganza implacable.

En presencia de este resultado, no se estrañará que no bien Achazías hubo tomado asiento, se hallaran todos llenos de estupor y sin saber qué hacerse, cual se halla el soldado, que en mitad de la lucha se le inutilizan las armas con que debe atacar y defenderse.

Pero aquellos momentos de pasmo duraron poco, y el mismo infierno que les inspiraba vino luego en ayuda de los mismos jueces, inspirando á Caifás una idea, que para su objeto debia producir un resultado satisfactorio.

No es que la idea fuese legal, ni aun en la acepcion en que ellos tomaban esta palabra para solo aquel asunto de maldad, sino que como era preciso dar al traste con la ley si por acaso querian llevar adelante su intento, la idea suprema ocurrida á Caifás, llevaba á puerto sus infernales pretensiones, y lo salvaba todo.

¿Qué les importaba á ellos la legalidad? ¿No atropellaban al inocente? ¿Por qué, pues, no debian atropellar la ley? ¿No pretendian condenar á muerte ignominiosa el ser mas puro, mas justo, mas santo que haya podido existir? ¿Qué reparos podian poner en todos los accesorios que les impedian tan grande injusticia? El caso era llegar al fin de la iniquidad, y como á este fin solo se llega por vias iníquas, es claro que la ley y la justicia debian ser para ellos un estorbo, del cual descarada y cínicamente debian deshacerse.

Verdad es que la ley ponía los reos á cubierto de todo atropello moral y material; verdad es que los jueces debian ser los protectores natos del acusado, y que tenian la imprescindible obligacion de defenderle y protegerle; verdad es que los malhechores mas comunes se hallaban amparados por la ley, no solo contra todo lo que pudiera venir de fuera, sino hasta de todo lo que el reo mismo pudiese ha-

cer ó decir en contra suya; todo esto es verdad, pero á un inocente como Jesús, no debian juzgarle unos jueces como Caifás, sino de una manera diametralmente opuesta á la comun.

Si el criminal tenia un protector en el Sanhedrin, un inocente como Cristo debia tener en el tribunal de Israel un enemigo formidable. Cuando se trastorna el órden moral ó material, es lógico que lo de abajo suba arriba, y lo de arriba que se venga abajo; cuando una nacion ha llegado al extremo á que la hebrea llegara, es lógico que los criminales se sienten en los escaños de los jueces, y que un Dios hecho hombre tome puesto en el banquillo de los acusados. Esta es ley de la humanidad, cuando reina en la tierra el príncipe de las tinieblas, y ordena las cosas de este mundo el espíritu del mal.

Por esta misma razon en aquella circunstancia Caifás vió que no era posible condenar á Jesucristo, sino atropellando del todo hasta las apariencias de legalidad que hasta allí se observaran en aquella causa; vió que para condenar á Cristo era preciso dar al traste con los derechos que le escudaban considerado como reo, y al efecto se dijo en el fondo de su rencoroso y maldito pecho:

— ¡Es preciso condenarle! ¡Oh! ¡qué vergüenza seria la que cayera sobre nosotros, si después de haberle tenido en nuestro poder nos viéramos obligados á soltarle, y no solo á soltarle, sino hasta á darle una reparacion pública y solemne! No, no; esto es imposible, y aun cuando se hunda la techumbre del cielo y se desquicie el eje de la creacion, nosotros hemos de salir con la nuestra. Muera el Nazareno, y lo que vendrá despues me tiene sin cuidado... Y aun cuando hubiese de venir el caos, yo no retrocederia. Conduciréle al patíbulo infamante de la cruz; le apostrofaré

cuando cuelgue de ella como si fuera un racimo pendiente de la cepa, y entonces satisfecho por haber llevado á cabo mi venganza, me importará bien poco lo que puede sobrevenir. ¡Oh! un hebreo no deja escapar nunca de las manos la ocasion de vengarse, porque esto causa un placer indescriptible... ¡Jesús de Nazareth! ¡Tú has osado mortificarme con tus palabras y humillarme con tu doctrina, y yo te escacharé entre mis manos como si fuera una borbuja de jabon!

Y Caifás quedóse mirando á Cristo, con los ojos sangui-nolentos y la mirada cruel de la pantera, cuando contempla la presa antes de arrojarla sobre ella para destruirla. Por su mirada fiera se confirmaba todo cuánto el malvado acabara de decir; Caifás saboreaba, como puede saborearlo el demonio, el placer de la venganza.

Jesucristo penetraba aquella mirada de hiena, y guardando siempre la misma postura, resignado y resuelto al sacrificio, no dejaba ni un momento de rogar al Eterno por los seres infames que iban á condenarle á la muerte mas afrentosa.

Nicodemus y José de Arimatea esperaban con sobresalto el resultado de aquella sombría pausa, y no creyendo capaces á los jueces de Israel de ceder en su infame propósito, aguardaban calenturientos é intranquilos el desenlace de aquella crisis suprema.

Nicodemus quiso aventurar el último esfuerzo; la realidad mas triste era preferible á tan dolorosa indecision; así es que se propuso salir de ella, al mismo tiempo que daba un paso natural en los defensores de los acusados.

Por lo tanto, procurando serenarse se puso en pié, y dirigiéndose al Nasi, habló de esta manera:

— Es ley y costumbre en Israel soltar desde luego á los

presos cuando nada ha resultado contra ellos de la deposición de los testigos acusadores, y como Jesús de Nazareth se halla en este caso, y como nada ha resultado contra él de las deposiciones de los testigos, y como de cuanto hemos visto hasta aquí solo ha resaltado mas ostensible y clara su inmaculada inocencia, yo como á defensor del que acaba de resultar inocente, pido al Nasi de Israel que se digne ponerlo desde luego en libertad, y restablecerle en la integridad de sus derechos de ciudadano, conforme procede, insiguiendo las prescripciones de la ley santa que nos rige, y los respetables usos que ha introducido una de las costumbres mas dignas de veneracion y alabanza.

Las palabras de Nicodemus fueron la mecha que vino á prender fuego á la mina de las pasiones de los jueces de Israel; fueron la encendida espoleta que pone en contacto la chispa con los materiales inflamables de que la bomba está cargada, y la esplosion mas tumultuosa siguió inmediatamente á ellas, pero esplosion frenética, infernal; esplosion incalculable, indefinible, y de la que solo podria hablarnos dignamente Satanás, puesto que solo él conoce la fuerza de las pasiones que estallaron en aquel momento en el interior de la sala donde se hallaban reunidos los jueces de Israel, los verdugos de la nacion.

Las olas del océano irritadas por un desencadenado huracan, no presentan un aspecto mas tempestuoso que aquella sala de criminales, despues de haber proferido Nicodemus aquellas palabras que en justicia procedian; despues de haber pedido la libertad de Jesueristo conforme era de ley, puesto que á pesar de todos los esfuerzos de los enemigos del Salvador, nada resultara contra él de las deposiciones de los testigos acusadores; puesto que resultaba inocente, como no podia dejar de suceder.

Voces, gritos, imprecaciones destempladas, amenazas furibundas, blasfemias inauditas, desencadenamiento irracional y tempestuoso de todas las furias humanas, hé ahí de lo que por largos momentos fue teatro aquel salon, mas digno de ser colocado en los antros del infierno, que sobre la montaña real de la ciudad de Jerusalem.

— Señores; — gritó Nicodemus con voz fuerte, que dominó por unos instantes aquella baraunda diabólica; — parece imposible que esto sea el tribunal supremo de la nacion hebrea, y los siglos no han presenciado nunca un espectáculo tan repugnante como el que estamos ofreciendo ahora.

Nicodemus no pudo contener el justo enojo viendo aquella profanacion del Sanhedrin, pero sus apóstrofes no obtuvieron mas resultado que el de aumentar la tempestad humana, que reinaba en el aposento donde estaban reunidas y rugiendo aquellas fieras.

Por unos momentos creyó José de Arimatea que Nicodemus iba á terminar allí la carrera de sus dias, dejando la vida entre las manos de los jueces de la nacion; pero el valeroso sacerdote, despreciando los gritos y las amenazas, manteníase sereno y tranquilo, pareciendo la estatua de la verdad, rodeada de los espíritus de la mentira que le amenazaban.

Y tal vez los temores de José hubieran llegado á realizarse, si otra cosa de mas interés para aquellos satánicos jueces no les llamara la atencion, no suspendiera la bravura de sus rencores, desatada contra Nicodemus en aquel instante.

Y fue que Caifás, lleno de rabia, pero confiado en sí mismo, púsose en pié en la tarima de la presidencia, y señor de aquellas olas de asquerosas pasiones alborotadas

que rugian en torno suyo, tendió el brazo jactanciosamente para aplacarlas, demandando á los jueces un poco de atencion y de silencio.

Los miembros del Sanhedrin se aquietaron paulatinamente, y entonces el sumo pontífice con voz ronca y frenética guturó:

— Parece imposible que haya seres tan degradados que se atrevan á defender aquí la causa del Nazareno; parece imposible concebir nada superior á la audacia de uno de vosotros, que despues de haber hecho suya la causa del malvado que vamos á sentenciar, tenga aun el atrevimiento de pedir al Sanhedrin que suelte al reo, y no solo le devuelva la libertad, sino que le restablezca en el uso de todos sus fueros y garantías de ciudadano; sí, señores, esto parece imposible, porque la audacia que supone es tan enorme, que no se ha visto de ella ejemplar desde la institucion por Dios del tribunal de Israel hasta nuestros dias. Si el atrevido defensor del Nazareno no estuviese juzgado en el fondo de nuestras conciencias, si su crimen no se hallara amparado por la ley, si no se albergara tanto en nuestros pechos la benignidad y la clemencia, el fin de Nicodemus seria terrible, y el castigo que le impondríamos seria ejemplar; pero vosotros, señores, sois tan clementes, que solo os contentais con execrar el crimen del indigno sacerdote, y preferís darle un castigo moral, en vez de aplicárselo material y terrible como pudiérais hacerlo. Sin embargo, permitid que os diga que os portais como quien sois; que os haceis verdaderamente dignos de aquellos egregios senadores del pueblo, que con su nobleza y con su conducta, tan alto supieron colocar el renombre del Sanhedrin. El castigo que con vuestra desaprobacion y desprecio imponeis á Nicodemus es digno de vosotros y digno

del crimen que ha cometido. Pero permitid que os diga que ha llegado la hora de obrar con gran energía y con gran rapidez; permitid que os haga presente que la noche adelantada, y que si el dia nos halla en esta situacion, tal vez la justicia no pueda hacerse, porque ¿quién sabe los tenebrosos planes de los enemigos de la nacion? Yo temo que las demoras que en el curso de la causa ha puesto Nicodemus son demoras estudiadas; yo temo que lo que pretende el defensor del reo, es que llegue la mañana, y que llegue estando las cosas sin resultado definitivo, porque algo sin duda esperará de los secuaces, de los alborotadores, de los interesados en hacer desaparecer el orden en Israel, y el nombre de la nacion. Evitemos, pues, caer en el lazo que se nos tiende, y sin pararnos en los accesorios, vayamos rectos al objeto, como una flecha va recta al blanco; tengamos presente que aquí nos hemos reunido para juzgar al Nazareno, y no nos enredemos en otros asuntos. Los discípulos de *ese hombre* son traidores como la serpiente, y uno de los efectos de su malvada política acaban de producirlo ya. ¿Pensais que no habian contado con vuestro justo enojo, con ese enojo del que acabais de dar una prueba tan ostensible y manifiesta?... No olvideis que este es su plan; ganar horas es para ellos cuestion de vida ó muerte. Procurad, pues, moderar los trasportes de vuestra justa indignacion, y para calmaros, y para buscar fuerzas al objeto de dominaros, pensad en que la patria necesita de toda vuestra prudencia, y el amor á la nacion será mas poderoso que la irritacion justísima que os produzcan las intemperancias de un fanático, ora sea alucinado, ora sea malicioso.

Caifás acababa de recurrir á un razonamiento, del que siempre se han valido los infames para oprimir á los bue-

nos; su política infernal tiene en nuestros tiempos mas secuaces de lo que fuera de apetecer. Los atropellos que provienen del fuerte hallan siempre en semejantes ideas una justificación. ¡Oh! si en el cielo se juzgara como en la tierra, ¡cuán infelices y dignos de compasion seríamos los pacíficos y los desvalidos!

Nicodemus, sereno y tranquilo como siempre, no bien hubo oído las palabras y los insultos, las imputaciones y las calumnias del pontífice, pensando que si las despreciaba asentía á ellas, aparentemente por lo menos, resolvióse á protestar, y con la independencia que le conocemos, dijo:

— Protesto ante la justicia del Altísimo, ya que justicia no hay en la tierra, de que en todo cuanto acaba de decir Caifás, no hay una palabra que no sea enteramente calumniosa.

— ¡Atrevido! — gritaron de todas las partes del salon.

— Desprecio vuestras voces, vuestras amenazas y vuestras calumnias, y como desprecio tambien la vida, debo advertiros que no lograréis intimidarme. De consiguiente es inútil que os alboroteis; seguid los consejos de Caifás, y tened por seguro que no lograréis intimidarme nunca. Me hallo en el cumplimiento de mi deber, y no cederé ni un paso, mientras me quede un soplo de vida. Sabedlo; es lo repito por centésima vez.

Nicodemus calló tomando una posicion digna y noble; posicion que bien á las claras confirmaba todo cuanto acababa de decir.

La resuelta actitud de Nicodemus consiguió su objeto, pues hizo enmudecer á los enemigos del Cristo Dios. Aquellos satélites del infierno se convencieron de que el defensor del divino Nazareno estaba resuelto á morir, pero no á

ceder un paso, y como tenian presentes las últimas palabras de Caifás, pensaron que seria bueno evitar los tumultos, para llevar adelante la injusticia mas grande que se ha cometido en la tierra.

Algunos empero, como Eleazar, estaban verdaderamente desesperados por la conducta del santo sacerdote, y como eran espíritus insustanciales hasta para el mal, necesitóse que el mismo Anás refrenara sus trasportes de cólera y sus pujos de intemperancia, á cuyo fin el viejo pontífice dijo á su hijo con mal humorado tono:

— Eleazar, el asunto es grave, gravísimo, y es preciso callar y oír, no sea caso que por vuestras imprudencias el Sanhedrin se halle con la vergüenza de justificar al acusado.

— Tragaré saliva y callaré, pero ya os advierto anticipadamente que no bien esto haya terminado, el negocio de la suerte de Nicodemus corre por mi cuenta. Entonces desfogaré toda la ira que bulle dentro de mi corazon... sí, la desfogaré toda, porque si no fuera así, reventaría, y la patria y mis hijos necesitan de mi existencia.

Anás no contestó á Eleazar, cuya última frase era digna de un necio malvado como el hijo del viejo pontífice. Mientras tanto el primero añadia por lo bajo:

— Es preciso destruir á todos los secuaces del Nazareno; es preciso borrar su recuerdo y su nombre de la memoria de los hombres, si nosotros hemos de vivir tranquilos. El reo será la primera víctima, y ó yo podré poco, ó la segunda será el malvado que ha osado defenderle y desafiarlos. No en vano Eleazar concibe y alimenta los odios en el fondo del corazon.

Y dicho esto mandó una mirada al sereno Nicodemus, mirada capaz de hacer estremecer á otro que no fuera el discípulo y defensor de Jesucristo.

Mientras tanto Anás hizo una seña á su yerno, como significándole que la hora habia llegado, y el gran pontífice pudiendo apenas dominar los trasportes de su coraje é in-noble ira, poniéndose en pié descendió del lugar que ocupaba en la presidencia, y dirigiéndose á Jesucristo, que como sabemos se hallaba sentado en medio del salon, con ronca y desentonada voz le dijo :

— En pié, embaucador.

El divino Hijo de María procuró hacer lo que el satánico sacerdote le mandaba, y aun cuando sufriendo mucho, logró por fin levantarse de su asiento de acusado. Los músculos de su rostro pacífico, pero desfigurado, denotaron inconscientemente lo que padecía en el acto de removerse, pero á pesar de todo, ni sus labios exhalaban un ay, ni brotó de su boca un ligero suspiro.

Con los ojos clavados en tierra, la cabeza doliente inclinada un poco hácia el pecho, y guardando una actitud humilde hasta lo indecible, era Jesús en aquel momento la encarnacion de la mansedumbre, de la humanidad, del amor y del perdon.

Aquella actitud irritó á Caifás en gran manera, y en vez de aplacar su coraje, le produjo el efecto que produce el agua en los grandes incendios, esto es, avivó y enardeció mas y mas el fuego infernal que devoraba sus entrañas.

Los jueces de Israel hallábanse suspendidos de los labios de Caifás, y Anás temblaba por lo que iba á suceder, porque como que el suegro conocia perfectamente á su yerno, no tenia toda la confianza en el sumo sacerdote, para llevar las cosas de manera que de ellas resultase evidente un motivo público de muerte contra el Salvador del mundo.

Y en esta espectacion por parte de los mas, y en este temor por parte del viejo pontífice, Caifás levantó la desen-

tonada voz, y con orgullo indescriptible, y con rabia insaciable dijo á Cristo :

— Atiende bien, embustero, y ten presente que hablas con la suprema autoridad de Israel, para que contestes á mis preguntas, si no por lo que mi persona puede merecerte, por lo que mi autoridad debe imponerte.

Ni un pequeño movimiento se notó en el rostro de Jesús, tan vilmente apostrofado, y su alma divina, léjos de concebir enojo alguno contra el miserable que le interpelaba, elevándose al cielo, dijo :

— Perdonadle, Padre mio, como le perdono yo, porque el infeliz no sabe lo que hace. ¿Qué importan tan duros apóstrofes; qué importan tan dolorosos martirios como los de que soy objeto, si estos apóstrofes, si estos martirios deben abrir las puertas de la eterna felicidad á los hombres desgraciados? Tormentos que tanto me haceis sufrir, benditos seais, porque vosotros sois el manantial de las supremas venturas, para esa raza ciega que me martiriza.

Caifás nada percibió de todo lo que pasaba por el enamorado corazon de Jesús, pero aun cuando se apercibiera, con ser ello tan tierno y tan dulce, no aplacara el fuego de la ira que ardia en su malvado pecho, porque Caifás era como un enfermo desauiciado.

Nicodemus al oír al pontífice tuvo intenciones de afearle su conducta. Aquel lenguaje soez no se habia usado nunca entre personas decentes del pueblo escogido, y mucho menos en el tribunal supremo, puesto que allí se hallaba completa y terminantemente prohibido por la ley. Y ya tal vez iba á dirigir tales cargos á Caifás, cuando este preguntó al divino Cristo, siempre con el mismo tono, siempre con igual audacia y frenético rencor:

— ¿Nada contestas, ¡atrevido! á lo que los testigos han

depuesto contra tí? ¿Así callas donde deberías hablar, y hablas donde deberías enmudecer? Responde, ¡miserable! qué tienes que oponer á lo que se te ha acusado.

Jesús callaba. ¿Cómo debía contestar á las invectivas soeces del sacerdote, sino con el mas absoluto silencio? Las preguntas que nos vienen de ciertas partes, y los hombres que nos dirigen estas preguntas no merecen contestacion, y la mejor respuesta que se les puede dar es el silencio.

El de Cristo, sin embargo, no era el silencio del desprecio, sino el de la humildad y de la justicia. Contestar á Caifás, en primer lugar era inútil, pues ya habia contestado Nicodemos, y en segundo lugar era admitir en cierto modo la acusacion, desde el momento que intentara defenderse de ella.

Y Jesús era inocente, completamente inocente: sus obras hablaban por él; el mismo Caifás se hallaba convencido de la inocencia de Cristo, cuando solo sabia buscar medios para condenarle, en la rabia que le profesaba, rabia nacida en el seno de su maldad, y aumentada por el fuego-vergonzoso de la rastrera envidia.

¿Á qué contestar, pues, á una pregunta que el mismo que se la dirigia sabia que no era posible contestarla con dignidad?

El silencio de Jesucristo fue el silencio de la misma dignidad, pero nunca el del desprecio, porque el Redentor de los hombres, que habia venido á salvarnos á todos, no despreciaba ni aun á los criminales como Caifás, puesto que ellos tambien le costaban toda la vida, y eran redimidos con el inapreciable tesoro de la sangre divina.

Caifás fingió irritarse con el silencio del Salvador, y decimos *fingió*, porque en realidad aquel silencio le compla-

cia en gran manera, puesto que podia á su modo presentarlo como una prueba de la culpabilidad de Jesucristo.

Anás le encomendaba al diablo para que le asistiera con sus tenebrosas inspiraciones, mientras que el malvado yerno, adelantando en el campo de la audacia, proseguia:

— Contesta, malvado, y advierte que quien te pregunta no es Caifás, sino el sumo pontífice del Altísimo.

Nicodemos se puso en pié, mientras que Jesucristo persistia callando, siempre con la misma mansedumbre y humildad, siempre con la misma actitud noble y resignada, siempre rogando por el desgraciado ciego que le insultaba y por todos sus cómplices y adictos.

Nicodemos, santamente indignado por aquel palpable atropello de la ley y de la inocencia, y por la criminal é inesplicable audacia de Caifás, que sentaba un precedente nuevo en la cuestion del crimen; Nicodemos, irritado por tantas tropelías, dirigiéndose al Nasi de Israel, dijo:

— ¿De cuándo acá un juez del pueblo hebreo se atreve á insultar en pleno tribunal á un acusado? ¿De cuándo acá es permitido que se pregunte á los acusados, para que de sus contestaciones se haga un capítulo de faltas, por las cuales se le pueda condenar justa ó injustamente? La ley de Israel rehusa como testigo al acusado, y aquí se trata de que el acusado deponga contra sí, atropellando toda ley y pasando por encima del respeto que este tribunal se debe á sí mismo, y que debe á su constitucion divina y venerable historia. ¿Es digno esto de nosotros, es digno del Sanhedrin, y el tribunal modelo y supremo de la nacion puede consentir tamañas trasgresiones de la ley, tan grandes y repulsivas iniquidades? La inocencia de Jesús de Nazareth resulta ostensible de las deposiciones de los testigos acusadores, y vuestra insistencia en que aparezca criminal os

condena doblemente, pero os digo, y lo digo bien alto, que todo lo que haceis es inúcuo, que todo lo que intentais es ilegal, y que si persistís en condenar á Jesús de Nazareth, esta será la suprema iniquidad, para llegar á la cual no habrá grado de la injusticia que no hayais recorrido. Sabedlo; condenais á un inocente, condenais al ser mas digno que nunca podrá existir, y su sangre caerá gota á gota sobre la frente de sus jueces por toda la eternidad.

— ¡Nicodemus! gritaron Caifás y su suegro con voz ardiente y destemplada.

— Sí, lo repito; — condenais al hombre mas inocente que verán los siglos, y vuestro proceder ilegal y los atropellos de la ley corroboran mi afirmacion, porque si no hubieseis hallado inocente á Jesús, no pretenderia Caifás buscar motivos de acusacion en las contestaciones que el inocente se niega á darle.

— Negarse á contestarme es reconocer su crimen, es despreciar mi autoridad, — guturó Caifás.

— Como os he contestado yo por él, Jesús no debe hacerlo, y no teneis ninguna autoridad ni con él ni con nadie, desde el momento que faltando descaradamente á la ley, pretendéis que falte á ella contestándoos el justo Nazareno.

— Verémos pues ahora si contesta, — murmuró el impío Caifás, importándole poco las acriminaciones de Nicodemus y sus justísimas reclamaciones.

Y como el defensor de Cristo viese dispuesto el gran pontífice á seguir preguntando al Redentor divino, con entonacion enérgica exclamó:

— Nasi de Israel; la ley está por encima de todos, porque emana de Dios, y vos os hallais aquí para hacerla respetar y cumplir. Que el gran pontífice deje de atropellarla; yo lo reclamo.

El Nasi, puesto en tan dura alternativa, acobardado y lleno de temores, confusiones y sobresaltos, iba á hablar para dar una contestacion á Nicodemus, cuando Caifás, importándole poco las reclamaciones del defensor de Cristo, y lo que pudiera decir el presidente, dirigiéndose al Cristo Salvador, con voz desenfrenada y entonacion amenazadora habló así:

— Callas, embustero, cuando se exige de tí que hables, y hablas cuando deberias enmudecer, pero yo te obligaré á contestar á mis preguntas, por mas que te empeñes en no despegar los labios. Ahora sabrémos todos en la estima que tienes el santo nombre, que tantas veces has profanado, al proferirlo hipócritamente con tus inmundos labios.

La blasfemia no cesaba de hallarse constantemente en los labios del pontífice sacrílego, como el relámpago no cesa nunca de rasgar los tenebrosos senos de alguna pavorosa nube, de esas que encapotan el cielo durante las calurosas noches de verano. La desenfrenada lengua de Caifás habia llegado al colmo de su audacia; apuraba todos los recursos de su imaginacion maldita, para colmar la medida de sus crímenes, con los repetidos insultos que dirigia frenéticamente al Salvador del mundo.

Hizo una pausa como para saborear las palabras que acababa de dirigir á Cristo, y mientras que sus seides, como perros inmundos, se gozaban en el soez espectáculo que ofrecia el pontífice; y mientras que Anás sentia tentaciones de ir á abrazarle por lo bien que en su concepto se portaba, Nicodemus y José de Arimatea, verdaderamente horrorizados, se tapaban los oidos para no percibir la infinita maldad, que se abrigaba en las diatribas que Caifás el infame dirigia á Jesús el Redentor de la estraviada humanidad.

Cuando aquel momento de complacencia del pontífice hubo pasado, procuró dar á su voz una entonacion de gravedad imposible, y levantando el brazo en alto, en ademán de señalar el cielo, y devorando con los ojos, sanguinolentos por la rabia, á la figura de Jesús llena de mansedumbre y de humildad, dijo:

—Yo, sacerdote sumo del Altísimo, te conjuro en nombre del Dios vivo, para que sin demora y sin ambages me digas si eres tú el Hijo de Dios bendito. Si algun respeto te merece ahora el nombre santo del Señor, tengo por cierto que no dejarás de contestar á mi pregunta.

Caifás quedó mirando á Jesucristo con una insistencia aterradora, que bien á las claras denotaba la perversidad de la idea que le estaba dominando.

La iniquidad del propósito y del procedimiento no podía ser mayor. Sabemos que se hallaba prohibido hacer del acusado un testigo y un acusador contra sí mismo, y de consiguiente debia estar mas terminantemente prohibido aun el que se pusiera al acusado en la alternativa de ser perjuro ó de atestiguar contra sí mismo.

Pero eso ¿qué le importaba á Caifás? Arrojada la máscara vil de su hipocresía infame, y resultando ostensible á todos los ojos que aquella causa no era otra cosa que una venganza decidida; puestos, por decirlo así, en descubierto los enemigos de Jesús por ellos mismos, ¿qué le importaban ya al malvado pontífice los respetos á la ley, con la cual pretendia escudarse? Caifás conocia á Jesús, y sabia que no hubiera de dejar de honrar el nombre del Señor por nada de este mundo, y á este fin apeló al único recurso que habia para obtener de los divinos labios una contestacion.

En todo esto rápidamente meditaba, cuando el divino Nazareno, despegando los amoratados labios, con voz vi-

ril pero llena de humildad; con acento seguro y decidido, pero lleno de indefinible mansedumbre, contestóle de esta manera:

—Tú lo has dicho, que soy el Hijo del Dios vivo.

Jesús hizo una pausa como para respirar, pero aquella pausa no fue mas que una manera de llamar la atencion de los congregados allí, cual si deseara probarles la verdad de su respuesta, por el emplazamiento que como á Dios les iba á dirigir.

Y con la misma entonacion prosiguió:

—Yo os aseguro que veréis al Hijo del hombre, sentado á la diestra de la virtud de Dios, venir sobre un trono formado por las nubes gloriosas del cielo.

Jesucristo puso silencio á sus labios, y su noble y humilde actitud, su tranquila apariencia, vinieron á confirmar la seguridad con que de hablar acababa.

—Con qué, —preguntóle de nuevo Caifás con acento bronco y destemplado, pero con alma regocijada por la confesion obtenida; — con que ¿tú eres el Hijo de Dios el Altísimo?

—Tú lo dices, — contestóle nuevamente Jesucristo.

—¡Blasfemo! —gritó con furia infernal el pontífice dando en tierra un irritado golpe con el pié, como para dar mas fuerza á su exclamacion, como para testificar mas el horror aparente que la confesion de Cristo le causara.

—¡Blasfemo! —gutturaron los del salon con ronco acento y poniéndose en pié, cual si pretendieran ir á destrozar con sus uñas al divino Salvador.

Y Caifás, como para demostrar mas el horror que afectaba sentir por la confesion de Cristo, tomando sus vestiduras entre sus crispadas manos, rasgólas de un tiron, y algunos jirones quedaron entre sus uñas.

Algunos miembros del Sanhedrin hicieron lo propio que que Caifás, pero no fueron todos. El rasgar las vestiduras era una ley de los israelitas para cuando oían una blasfemia, pero hallaron modo de escusarse de este deber, tapándose los oídos para no oír la blasfemia. El pontífice debía rasgar sus vestidos de bajo arriba, los demás de arriba abajo, y aquellas vestiduras no podían ser cosidas durante algún tiempo. Solo los ornamentos sacerdotales que usaba el gran pontífice en la fiesta de las expiaciones, estaban exceptuados de esta ley general y sin otras excepciones.

Caifás, para atribuir más gravedad á la contestación de Cristo, y para dar mayores demostraciones de horror, rasgó en aquel momento sus vestiduras, y luego con el frenesí del malvado que cree haber abatido á su enemigo por medios legales, prosiguió dando grandes manotadas, haciendo ridículos aspavientos, y dirigiéndose á sus amigos los iníquos jueces del Sanhedrin :

—¿Habeis oído la blasfemia? ¿Para qué necesitamos ya de los testigos? Á votar, jueces de Israel, ¡á votar la muerte del blasfemo!

Y diciendo esto restablecióse como un frenético á su primitivo asiento, mientras que en el salón se daban voces de triunfo, diciendo :

— ¡Á votar! ¡Á votar la muerte del blasfemo!

Aquello parecía mejor que un tribunal una conjuración de demonios, dentro de las habitaciones infernales.

Nicodemus y José de Arimatea lloraban á pesar suyo; cuatro miembros más del Sanhedrin se hallaban impresionados desagradablemente y meditabundos. Gamaliel había perdido la serenidad, y eran tantas y tan grandes las sensaciones que experimentaba, que hubo veces en que temió volverse loco.

Viendo Caifás la postración del Nasi, y creyendo que aquellos eran los momentos definitivos de su inícuo triunfo, sin consideraciones y sin respetos á Gamaliel y á sus canas y reputación, díjole :

— El Sanhedrin pide la votación. Nasi, ¿qué haceis?

— La causa no está terminada, y la votación no procede aun, — musitó Gamaliel casi instintivamente.

— Jueces de Israel, — guturó Caifás dirigiéndose al Sanhedrin, — ¿lo habeis oído? El Nasi se opone á la votación, pero vosotros sabréis decirle sin ambages cuál es vuestra suprema voluntad. Decid : ¿qué suerte merece el blasfemo Jesús de Nazareth?

— ¡La muerte! — gritaron con frenesí espantoso los enemigos de Jesucristo.

— Nasi de Israel, — añadió Caifás, cuya procacidad aumentaba por grados con la fiebre infernal que le devoraba, — ¿lo habeis oído? ¡El blasfemo acaba de ser condenado á muerte!... Secretarios del tribunal, tomad acta de los votos para estender la sentencia desde luego.

Caifás tomó asiento, y un silencio sepulcral estendióse por todo el recinto del salón. Diríase que aquellos jueces iníquos estaban aterrorizados por lo que acababan de hacer.

CAPITULO XIX.

Defensa.

Sea que las palabras y la audacia de Caifás sacaran á Gamaliel de su postración, recordándole que había sido grande y respetado mientras se mantuviera independiente;